

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El Tío Wiggily y la Varicela

Un día, Charlie y Arabella Pollito, el pequeño gallo y la pequeña gallina hijos de la Sra. Kikirikí, la señora gallina, llegaron revoloteando a la cabaña de troncos huecos del Tío Wiggily.

—¡Oh, Tío Wiggily! —cacareó Arabella—. ¿Qué crees que ha pasado?

—Bueno, no soy capaz de adivinarlo —respondió el señor conejo—. Pero espero que su granero no esté en llamas. ¡Parecen muy excitados, queridos!

—Bueno, supongo que tú también lo estarías si un niño te tirara piedras —cacareó Charlie—, ¿verdad?

—Desde luego que sí —admitió el Tío Wiggily—. Una vez un niño me apedreó y no me gustó para nada.

—A nosotros tampoco nos gusta —graznó Arabella.

—¿Hay alguna forma de evitar que ese niño nos tire palos y piedras? —quiso saber Charlie.

—Cuéntame —sugirió el Tío Wiggily.

—Bueno, es así —comenzó Arabella—; este niño vive al otro lado del Gran Bosque. A veces Charlie y yo vamos allí a recoger hayucos y otras cosas buenas para comer, ¡y cada vez que ese niño nos ve, nos lanza cosas! ¿No te parece que es un niño malo, Tío Wiggily?

—Claro que sí —respondió el señor conejo—. Pero, ¿por qué lo hace? No cacareas sobre él, ¿verdad, Charlie?

—No, claro que no —respondió el niño gallo—. Sólo cacareo para avisar a Arabella cuando veo venir a este tipo, para decirle que corra a esconderse bajo un arbusto.

—Y yo no lo pico, ni le arrojó grava ni nada por el estilo —cacareó la gallinita—. Ojalá nos dejara en paz, Tío Wiggily.

—Hemos venido a ver si se te ocurre alguna manera de hacer que se detenga —cacareó Charlie—. ¿Puedes?

—¡Mmm! Lo intentaré —prometió el señor conejo, centelleando su nariz rosada como el glaseado de una tarta de naranja. Luego continuó—. Supongamos que vamos a buscar a este niño; así lo reconoceré cuando lo vea.

—Puedo enseñarte su casa —ofreció Charlie—. Pero tendremos que tener cuidado. Porque si nos ve, nos va a lanzar cosas.

—Esperemos que no —murmuró el Tío Wiggily.

Pero era una esperanza vana, como se dice en los libros de hadas. Porque después de que el Tío Wiggily, Charlie y Arabella se hubieran ido al otro lado del bosque, allí, de repente, vieron al niño.

—¡Hola! ¡Ahí están las graciosas gallinas disfrazadas! —exclamó el niño, que era pelirrojo y tenía la cara llena de pecas—. ¡Y hay un conejo con ellas! Todo vestido con un sombrero de seda. ¡Caramba! ¡Qué estilo! Voy a ver si puedo romperle el sombrero con una piedra. ¡Voy a lanzarles piedras!

—¿Ves? ¿Qué te dije? —cacareó Arabella, que entendía el lenguaje de los niños, como también Charlie y el Tío Wiggily.

—¡Pum! —rebotó una piedra en el alto sombrero de seda del Tío Wiggily, haciéndolo girar por los aires.

—¡Jaja! —rio el niño, mientras recogía otra piedra—. Soy un buen tirador; sin duda.

—Yo lo llamaría más bien un mal tiro... para mi sombrero —comentó el Tío Wiggily, mientras recogía su sombrero de seda y saltaba hacia los arbustos—. ¡Vamos, Arabella, Charly! —llamó el señor conejo—. Este niño se comporta tal y como dijeron. Tengo que pensar en alguna manera de darle una lección.

La gallinita y el niño gallo se escabulleron bajo los arbustos, y justo a tiempo, porque el niño lanzó muchas más piedras, y una golpeó a Charlie en el peine. No el peine que utilizaba para alisarse las plumas, sino el peine rojo de la cabeza, uno de sus adornos; las plumas de la cola eran otro de ellos.

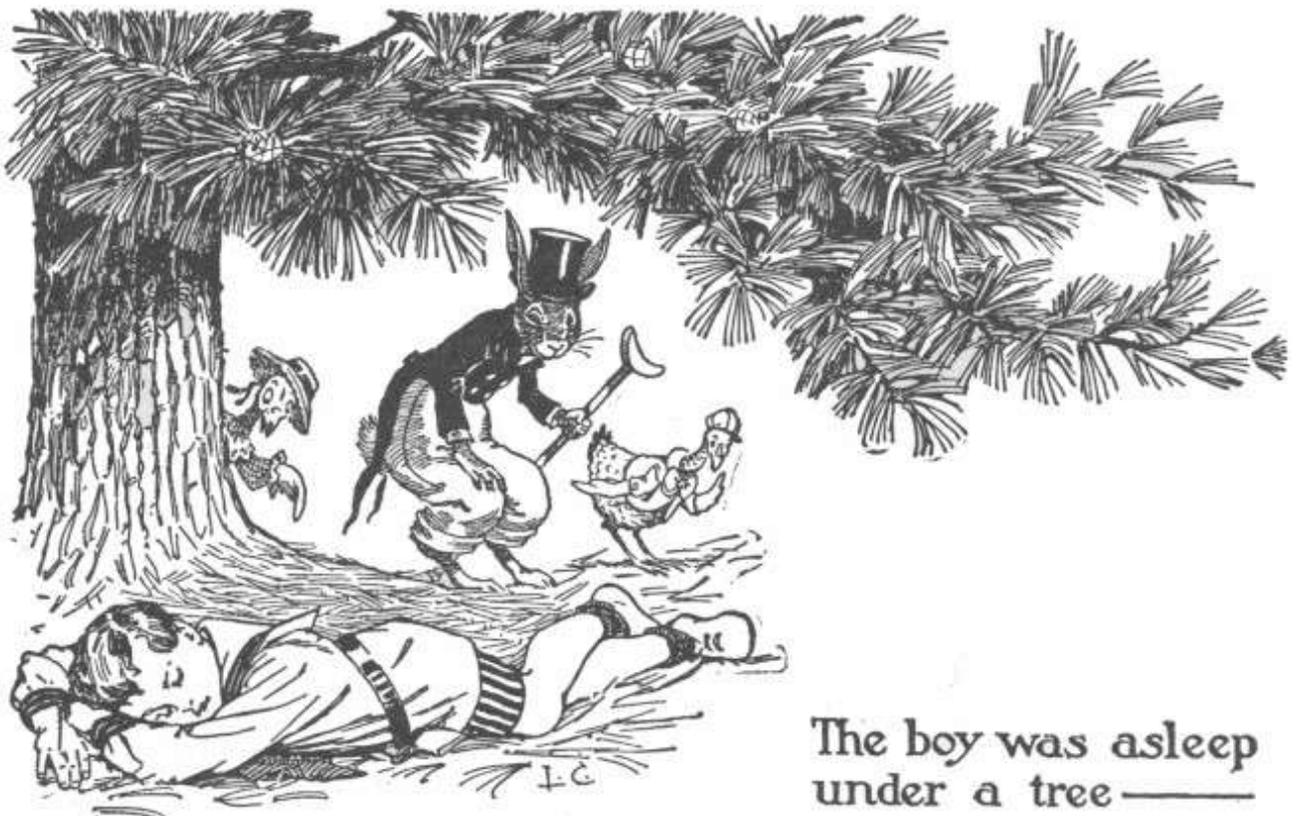
—¡Hola, amigos! ¡Vengan a perseguir a las graciosas gallinas y al conejo disfrazado! —exclamó el niño. Pero, aunque algunos de sus compañeros corrieron, como él decía, con palos y piedras, el Tío Wiggily, con Charlie y Arabella, consiguieron esconderse de los desconsiderados muchachos. Porque eran unos desconsiderados. No creían que las piedras hicieran daño a los animales.

—Sí, ciertamente debo dar una lección a ese niño —dijo el Tío Wiggily.

—¡Ojalá se contagiara de varicela! —cacareó Charlie—. ¡O tal vez la viruela del gallo! Así tendría que quedarse en casa y no podría perseguirnos.

—No me importaría que tuviera paperas y dolor de muelas al mismo tiempo —rio Arabella.

Durante varios días, el Tío Wiggily estuvo esperando la oportunidad de darle una lección al desconsiderado niño, y por fin llegó. Una mañana, el señor conejo estaba dando saltitos por el bosque cuando se encontró a Charlie y Arabella revoloteando por el camino.



The boy was asleep  
under a tree —

—¡Oh, Tío Wiggily! —dijo Arabella en un cacareo susurrado—. Ese niño está durmiendo en un lecho de musgo bajo un árbol. Y duerme profundamente, porque

Charlie y yo nos acercamos a él y no se despertó. Tal vez puedas hacerle algo ahora.

—Tal vez pueda —dijo el Tío Wiggily—. ¡Iré a ver!

Saltó por el bosque con los niños gallina, y pronto llegó donde el niño dormía bajo un árbol. Era un pino, de cuyo tronco y ramas brotaba un chicle pegajoso. Y en cuanto el señor conejito vio este chicle, susurró:

—¡Tengo una idea! Le daré una lección a este niño.

—¿Cómo? —preguntó Charlie.

—Le haré creer que tiene varicela, o algo peor — respondió el conejito, con una risa silenciosa.

—¡Bien! —cacareó Arabella.

—¡Jaja! —cacareó Charlie.

—Silencio, gallinitas —susurró el Tío Wiggily—. Cada uno de ustedes, quítense unas cuantas plumas sueltas.



Charlie y Arabella así lo hicieron. Luego el tío conejo agarró un poco de la suave goma del pino, y puso manchas de ella en la cara y las manos del niño dormido. Aunque se movió un poco, el niño no se despertó.

Cuando el niño estuvo bien manchado con el pegajoso chicle, el Tío Wiggily tomó las plumas de gallina que Charlie y Arabella habían desplumado, y fijó estas plumas sobre la cara y las manos del niño en el chicle.

—Oh, ¡qué gracioso se ve! —cacareó suavemente Arabella.

—¡Calla! —advirtió el Tío Wiggily, poniéndose la pata en la nariz rosada y centelleante—. ¡Déjenlo dormir! Retirándose entre los arbustos, el Tío Wiggily, Charlie y Arabella esperaron a que el niño se despertara, cosa que hizo muy pronto. Se dio la vuelta, se sentó y se estiró. Luego se miró las manos y vio plumas de gallina pegadas en ellas.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el niño—. ¿Qué me ha pasado? Se puso de pie de un salto y se vio en un manantial de agua que parecía un espejo.

—¡Oh! ¡Oh! —volvió a gritar el niño—. ¡Esto es terrible! ¡Oh, mi cara!

Y echó a correr por el bosque, mientras Charlie y Arabella se reían al verlo marchar.

—¡Oh, madre! ¡Madre! ¡Mírame! —exclamó el niño—. ¡Estoy lleno de plumas! Debo tener la varicela.

—¡Válgame Dios, vivo y con una cesta de huevos! —exclamó la madre del niño—. ¡Te habrás dormido en el nido de una gallina! Pero no tienes varicela. La varicela son manchas como el sarampión, ¡pero tú estás cubierto de plumas!

—Pero, ¿cómo me ha pasado esto? —preguntó el niño, mientras se quitaba algunas plumas—. No estaba así cuando me fui a dormir al bosque.

—Quizá lo hizo un hada —dijo su hermanita, que creía en ellas.

—¡Bah! ¡Las hadas no existen! —se mofó el niño—.

Supongo que fueron la gallina y el gallo que apedreé.

—¿Qué hiciste QUÉ? —preguntó su madre—. ¿Hiciste eso?

—Un... un poco —tartamudeó el niño.

—Bueno, entonces no es de extrañar que estés así —dijo la madre—. Y, por lo que sé, ¡puedes contraer la varicela de verdad!

Y, tan cierto como lo que te estoy diciendo, ¡ese niño la contrajo! Pero no se puso muy enfermo, por alguna razón u otra. Tal vez porque había que lavarlo tanto para quitarle la pegajosa goma de pino y las plumas, la varicela no penetró muy profundamente.

En cualquier caso, cuando el niño se recuperó, no volvió a tirar piedras a Charlie ni a Arabella.

—Lo has curado, Tío Wiggily —cacareó el niño gallo.